

## LA EDUCACION JUDIA: TAREAS Y PERSPECTIVAS

ISRAEL SCHEFFLER

“El 14 de marzo de este año se realizó una convención en el Jewish Theological Seminary en honor a los distinguidos líderes en el campo de la educación judía. Entre los agasajados se encontraba el Dr. Israel Scheffler a quien se le otorgó el título de “*Doctor en Letras Hebreas, Honoris Causa*”. En tal extraordinaria ocasión, el Dr. Scheffler se dirigió a la convención del siguiente modo:

Estimado canciller Schorsch, miembros de la Escuela y el Consejo, distinguidos colegas, y distinguidos invitados:

Quiero expresar mi agradecimiento y el de mis colegas al Seminario por el honor que nos han concedido el día de hoy. Recibimos este honor como representantes del campo de la educación y pertenece asimismo a todos aquellos dedicados maestros que trabajan con tanto fervor como para que la educación judía florezca.

Tal tarea requiere ser apreciada a la luz de los propósitos específicos de toda la educación judía en el mundo entero, la cual se diferencia de modo sustancial de la educación pública en todos los sistemas nacionales del mundo moderno. A diferencia de la educación bajo estos sistemas, la educación judía no es obligatoria, no proviene de una ciudadanía nacional ni se relaciona con una educación universitaria o profesional. No apunta a las artes ni a las ciencias así como tampoco intenta evaluar a sus alumnos en términos de logros académicos. No les brinda un entrenamiento vocacional, artístico o de carrera alguna, así como tampoco funciona para seleccionar alumnos para futuros roles adultos en la sociedad. Asimismo, no es paralela a, ni sustituto de, aquello que pueda considerarse como educación general o cultura universal; no lo libera a uno de la necesidad de tal cultura más que una educación argentina, alaskense o noruega.

Los objetivos de la educación judía no son cívicos, ni individualistas, así como tampoco son utilitarios. Vistos en relación con los alumnos, estos sirven para iniciar al niño judío en la cultura, historia y herencia espiritual del pueblo judío, ayudar al niño a conocer y enfrentar la verdad sobre la historia judía, la identidad y la existencia para intensificar su dignidad como judío y para permitirle aceptar y ser creativo dentro de la dimensión judía de su vida.

Vista en su relación con el pueblo judío, los propósitos de la educación judía son promover su supervivencia y su bienestar, interpretar y comunicar auténticas experiencias judías, sostener y defender el honor y las lealtades judías, crear vínculos vivos con el pasado judío, preservando y extendiendo su herencia a las generaciones futuras. Sería ideal que la

educación judía fuera la reflexión natural de la dignidad interior del pueblo judío y de sus recuerdos éticos, espirituales y culturales, así como también una respuesta a la realidad social intelectual de nuestro tiempo. Esto significa que no debería ser meramente defensiva o justificativa, imitativa o arcaica, ni tampoco nostálgica por un pasado que ya no existe. Sería mejor que, desde su propia postura de fortaleza interior y de un autoconocimiento de esa historia, tuviera el coraje necesario no sólo para reevaluar sus instrucciones sino también para captar todo aquello del medio ambiente que sirva para sus propios fines, fomentando así la creativa continuidad de su civilización.

Cada vez que centramos nuestra atención en los problemas de la educación judía apreciamos el heroico desafío que enfrenta el educador judío moderno. Las condiciones de la educación judía moderna se destacan notablemente al compararla con el período pre-moderno en el cual la educación en la escuela judía, el hogar y la comunidad era toda una entidad que se continuaba, incorporada concretamente en todas las esferas de la vida. En los primeros tiempos la enseñanza judía o el estudio judío formal estaban bien diferenciados, se le acordaba el máximo status religioso y metafísico, considerado un valor intrínseco, una especie de reverencia así como también una guía suprema en todas las esferas de la vida cotidiana. Desparramados en las diversas y frágiles comunidades, los judíos no tenían control alguno sobre el mundo, pero ellos tenían la palabra, y la palabra les permitía el acceso al mejor de los cielos. Aquello que los sociólogos han remarcado como una mezcla peculiar de la intelectualidad, espiritualidad y tenacidad judía frente a la adversidad se ilumina por el papel especial de la educación judía clásica.

El judío vivió una existencia precaria pero el entorno filosófico del judío y del no-judío era casi el mismo. El mundo revelado por la fe fue creado por un Dios personal y omnipotente, que puso a la humanidad en el centro de Su creación, dotó a los seres humanos del libre albedrío y les exigió una moral y devoción absolutas. Las acciones humanas estaban cargadas de significado, supervisadas por la providencia, consecuentes hasta su último extremo. La historia, una interacción entre la voluntad de Dios y los deseos del hombre, se consideraba en parte como algo natural, en parte como milagrosa, pero en cualquier caso invitaba a la interpretación por medio de las categorías personales, morales y religiosas tales como lealtad, gratitud, reciprocidad, pactos, castigos y recompensas, reverencias, pecados, obstinación y arrepentimiento.

La santidad de las Sagradas Escrituras, de central importancia para la visión filosófica del mundo, era virtualmente incuestionable. Aunque los judíos sufrieron por negarse a aceptar al Cristianismo o al Islam como el logro más elevado de estas Sagradas Escrituras, las Escrituras, per sé, eran sagradas para ellos. Así, la educación judía se basaba en

pensamientos sistemáticos, cuyas características filosóficas básicas eran reconocidas y compartidas por todos. Dicha educación ofrecía una reflexión genuina de la existencia histórica judía, ofreciendo una respuesta auténtica a aquella existencia en las doctrinas y prácticas del judaísmo.

En la actualidad, todos los aspectos del contexto pre-moderno han sido destruidos o se han tornado problemáticos en el período moderno. La emancipación y el ingreso de los judíos a la corriente principal de la vida occidental rompió la tan estrechamente tejida armonía del hogar, la escuela y la comunidad. El colapso general de la visión del mundo medieval destruyó la concepción heredada de la naturaleza y de la historia que compartían los judíos y los no-judíos por igual, debilitó las actitudes tradicionales respecto de las Sagradas Escrituras, y destruyó la tradicional respuesta uniforme frente a la existencia judía, base de la educación judía en el pasado.

El genio judío para la creatividad religiosa, gravemente amenazada por todos estos cambios, se ha visto aún más profundamente impactado por el incalculable trauma del Holocausto. Las predilecciones judías por el pensamiento intelectual y mundano han sido, circunstancialmente, secularizadas, se han diversificado ampliamente en los canales científicos y académicos reforzando así las ideologías universalistas corrosivas de las lealtades judías.

El impulso de la sociedad tecnológica mientras tanto avanza de prisa, con más rapidez en los Estados Unidos. La movilidad destruye a las comunidades y disuelve los vínculos familiares. El individualismo y el voluntarismo corroen la base de los valores religiosos, en particular de los específicamente judíos. La saturación del mercantilismo, los medios de comunicación, el consumismo, la violencia y la vulgaridad, la gran cantidad de actividades y de mensajes competitivos dominantes en la vida contemporánea -todos estos constituyen obstáculos para una educación esencialmente judía. A diferencia de sus antepasados, los educadores judíos de la actualidad no pueden confiar en un consenso filosófico casi universal como soporte de la fe religiosa, ni del apoyo de un hogar judío devoto así como tampoco pueden confiar en una comunidad judía con gran autoridad y -a diferencia de los educadores de la escuela pública- los educadores judíos no pueden apelar a incentivos políticos ni cívicos para la educación, no pueden argumentar un interés propio o una mejor carrera. Se dice comúnmente que la educación es un reflejo de la sociedad. La educación judía contemporánea tiene la tarea de crear aquella sociedad de la cual debería ser su reflejo.

No tiene sentido lamentar estos hechos o recordar circunstancias más favorables para la educación judía. Si tal educación va a tener éxito deberá tenerlo aquí y ahora. Si fracasa, los recuerdos no ofrecerán consuelo alguno. Para tener posibilidad de éxito los educadores necesitan darse cuenta de la magnitud de los problemas y luego repensar sus esfuerzos por enfrentarlos.

Vistos en una perspectiva internacional, estos problemas surgen del compromiso compartido respecto de la supervivencia judía, pero varían cualitativamente según las circunstancias específicas en las cuales se hallan las comunidades judías. Motivadas por su objetivo dominante, la educación judía debe, por lo tanto, asumir como tarea principal la de reforzar los vínculos entre estas comunidades, desarrollando una moral, comprensión y apoyo mutuo. En los objetivos y destinos compartidos, cada una de estas comunidades tiene intereses en el éxito de las demás. Por ende, cada una debe fomentar una conciencia de totalidad, considerándose no sólo en términos locales o actuales, sino como parte de un pueblo continuo, administradoras de una preciosa herencia cultural. Cada comunidad debe ser educada en una perspectiva global, con una participación activa en las deliberaciones internacionales del pueblo judío, ya que cada una de ellas representa una experiencia única que expresar y una postura que representar.

Según esta concepción, la educación judía es inevitablemente pluralista. Dentro del marco de su objetivo común, se llevará a cabo en diversas formas. Cada una de tales realizaciones basadas en un esfuerzo genuino por referirse al pasado judío y un esfuerzo por rescatar algo del pasado y aplicarlo al presente. Pero está destinada a respetar las diferentes interpretaciones de la vida judía las que se esfuerzan de igual modo, y en diversas formas, por preservar y promover los valores de la herencia cultural judía.

Por lo tanto, la educación judía debería, en cada una de sus realizaciones, promover un sentido temporal inclusivo -una toma de conciencia de la compleja y matizada historia del pueblo judío, en la cual el eco combinado de muchas voces debería ser discernido y apreciado- una historia que se prolonga en el futuro indefinido y desafiante. Asimismo, debería fomentar un sentido especial completo -una conciencia de, y una asociación con las comunidades judías desparramadas por todo el mundo judío. Y, por último, debería cultivar un rico sentido del sí mismo-, un conocimiento del idioma hebreo y de los otros lenguajes de los judíos y un contacto con los objetivos atesorados y con la literatura del pensamiento judío, así como también del sentimiento, de las luchas y de las expresiones judías a través del tiempo.

Se trata de una tarea difícil. Es imperativo que cada esquema de la educación judía sea deliberadamente selectivo y se esfuerce por comprender en lugar de ser simplemente una información, una habilidad o una respuesta, aún cuando fuera muy importante. Los materiales judíos requieren crear una demanda fundamental en el corazón y en la mente del alumno. Es necesario que comprendan con inteligencia y genuinamente como para poder apoyarse a sí mismos bajo las variables condiciones y bajo circunstancias imprevistas. Sin comprensión, ellos permanecen inertes, simples cuerpos extraños en la mente, segregados de la visión y de la motivación que por sí sola guía el pensamiento adulto.

La educación judía necesita, además, no ser solamente sabiamente selectiva y adaptada a la comprensión, sino también debe ser constante

a través de toda la vida. No puede limitarse a los pocos años que dura la educación escolar judía en la juventud. Cualesquiera sea el resultado que se logre durante estos años, siempre se tratará de una comprensión inmadura, y, en el mejor de los casos, una concepción juvenil de naturaleza compleja y sutil. En tanto el alumno avanza en la comprensión cognitiva de las áreas no judías, sus conocimientos judíos, al ser truncados en un nivel juvenil, no abrigan esperanza alguna de poder competir. Si van a ser preservados de algún modo, se los preserva en un compartimiento mental separado, que no se toma en cuenta con la misma seriedad ni de la misma forma que caracteriza a las demás materias de aprendizaje.

Una educación judía, si no ha de permanecer cognitivamente a la deriva, según la frase apropiada de Richard Peters, debería asimismo interactuar dinámicamente con las otras áreas de la educación del ser humano, formándose un lugar dentro de un modelo de vida coherente. Restringir dicha educación a habilidades de ceremonias rudimentarias practicadas en, lamentablemente, pocas ocasiones al año y asociadas con un entendimiento conceptual arcaico, sirve para garantizar su trivialidad. El aprendizaje judío debería, de hecho, no permanecer solamente como algo verbal; debería transformar la percepción del alumno, representando una adquisición para la experiencia de vida del alumno. Los conceptos en las narraciones religiosas y en los escritos rabínicos no son, después de todo, meras palabras, son medios para percibir y caracterizar importantes aspectos de la vida.

Empleados de este modo, dichos conceptos se transforman en la propiedad portátil del alumno, el contenido que ha adquirido ya no es visto como una estructura estática, como un cuerpo fijo de textos completos. En cambio, ahora están cargados de semántica, un instrumento con el cual, se puede ver aquello que está allí y describir lo que se ve, para articular lo que es y crear lo que podría ser. La batería recibida de conceptos se ha, en efecto, convertido en un medio en el cual la mente del estudiante puede hacer observaciones y hablar consigo mismo, repensar las cuestiones y compartir sus puntos de vista y sus sentimientos con los demás.

Sin embargo, el poder de los conceptos tradicionales no está aislado. Nuestro lenguaje tradicional ha surgido de una rica textura de creencia religiosa, ahora muy desorganizada por la vida intelectual y cultural postmedieval. El pensamiento matriz de los conceptos tradicionales necesita ser re-examinado y, en caso de ser necesario, revisado si el lenguaje por sí mismo ha de tener una base segura. En resumen, los conceptos de la tradición nos llegan cargados de teoría y la teoría, para la mayoría de nosotros, ya no es coherente con la creencia actual para permitir que los conceptos vivan como instrumentos semánticos vitales. Los educadores deben animarse a someter la teoría heredada al desafío del pensamiento moderno y emplear el resultado de tal desafío para reparar las bases.

Tomemos como ejemplo el concepto de "*mitzvá*" el cual tiene un poder enorme como noción descriptiva aplicable a acciones actuales e históricas.

Pero contiene el reconocimiento de teoría antigua. Al aprender a usar el concepto ¿acaso el alumno necesita aceptar tal teoría sin condición, para suscribirse a la creencia en una deidad personal, la cual literalmente nos ordenó comportarnos de determinadas maneras autorizados por la tradición? Tomemos un segundo ejemplo, ¿acaso la noción recibida de plegaria necesita ser absorbida como un todo cuando el lenguaje de la plegaria ha de ser estimulado como parte de la educación religiosa actual? La falta de claridad o de sinceridad respecto de estas cuestiones representa un riesgo para el educador judío. Las preguntas surgirán naturalmente en la mente de los alumnos modernos, ahora o más adelante. El silencio, una actitud defensiva o un mandato autoritario entorpecen la total asimilación del lenguaje. Reservado para ocasiones rituales o limitadas al aula, dicho lenguaje no se incorpora a la corriente principal del pensamiento del alumno.

El desafío para el educador no es brindar una respuesta a dichas preguntas sino asumir el riesgo de mantener una conversación genuina con el alumno. Esto implica tomar las preguntas del alumno como investigaciones honestas, respetando las dudas filosóficas subyacentes y esforzándose por abordar las cuestiones uno mismo.

La actitud defensiva de los maestros está dominada por el temor de no tener la respuesta a las cuestiones que los alumnos pudieran presentar. Sin embargo tal temor está mal dirigido. El alumno no pide una respuesta sino un reconocimiento del problema por parte del maestro y un compromiso genuino en la búsqueda de una solución. La sincera admisión de ignorancia y la simultánea afirmación de la importancia del cuestionamiento, no importa adonde pudiera llevar, genera en el alumno el impulso necesario para aprender. Tal afirmación de una pregunta común es la base de una conversación, en la cual el alumno siente la confianza del maestro, es tratado como su igual, con derecho a buscar una comprensión de aquello que se espera aprenda.

Todo el tenor del aprendizaje judío tradicional se basa no en la creencia incuestionable sino en las conversaciones a través de las generaciones, dedicadas a la constante búsqueda de la comprensión; repudia tanto el dogmatismo como el nihilismo. En una breve expresión de estas dos aversiones, R. Hydra nos cuenta: Ama el quizás pero odia el aquello que es. No se trata de la conclusión dogmática sino el quizás, lo que debe buscarse en el aprendizaje. Pero este quizás, si bien carente de seguridad, no es por lo tanto indiferente, y el amor que inspira es uno que demanda, impidiendo totalmente la apatía moral o la indiferencia. Iniciar al alumno en la búsqueda verdadera de la comprensión es perpetuar la cadena de interpretaciones que es la conexión viva de la continuidad del pueblo judío.

Tomado del Melton Journal, N° 27, otoño 1993.

*Traducción: C. Soriano*